Algunos eran llevados en brazos.

Los médicos realizaron en farmacias y portales diferentes curas provisionales.

A todo esto el tiroteo y las cargas seguían.

Hubo un momento en que al cargar fuerzas de á caballo, los hombres que conducían una camilla con un herido la depositaron en el suelo y huyeron.

En nada estuvo que la camilla y el infeliz que en ella había fuesen arrollados por la tropa.

El paso de los heridos por las calles producía sensación inmensa, arrancando gritos y frases de dolor.

Hubo más heridos leves, pero ni siquiera fueron á curarse al Hospital.

Antonio Bruno cayó herido en la esquina de la Rua Alta. Tiene 35 años y es casado.

En el portal de la paragüeria del Sr. Charry, en la calle Real, fué curado Claudio García, del balazo que recibió en una pierna. Claudio es barbero é hijo del popular músico conocido por *Pepe V.*

En brazos fué llevado al Hospital.

—

Las descargas de la Guardia civil y las arremetidas de la Caballería eran contestadas con diferentes disparos de Remington y revólver que partían de diversos puntos, en la calle de San Andrés, en la Rua Alta y en la Rua Nueva.

También caían numerosas piedras sobre los soldados.

La arremetida del gentío se dirigía principalísima y casi exclusivamente contra la Guardia civil.

En la calle de San Andrés, un mozo, temerario, salió frecuentes veces de la esquina de la calle del Africano, tras la cual se resguardaba, y armado de un revólver de cinco tiros hacía repetidos disparos contra los guardias.

Le dispararon éstos á su vez, pero no le alcanzó ninguna de las balas.

Aún puede apreciarse la huella de éstas en la pared de la esquina del Africano.

La confusión era inmensa.

El pánico indescriptible

Las gentes pacíficas huían azoradas, pugnando por refugiarse en los portales.

Un tiro hizo de pronto rodar por tierra, casi exánime, á un hombre.

Francisco García Lodeiro, conocido por *Caraibel*, que así se llamaba el desdichado, había recibido un balazo en el vientre,

Rápidamente se le colocó en una camilla, y desde la Rua Alta, en donde ocurrió el triste suceso, se le llevó al Hospital.

Cuando llegó ya era cadáver.

Se le trasladó al depósito del mismo establecimiento.

La noticia de su muerte circuló con rapidez, haciendo que la alarma fuese en aumento.

En la Rua Alta quedó un charco enorme de sangre de esta víctima.

García Lodeiro era aserrador.

Una bala, disparada por algún obrero ó por la Guardia civil y que partió de la Rua Alta, ocasionó tres víctimas más, dos de ellas gravísimas.

Las sirvientas del Hotel de Francia, Benita García, Manuela González Seijo y Francisca Rodríguez fueron heridas por el mismo proyectil.

Se hallaban las tres en una de las galerías del Hotel cuando les alcanzó la bala.

La mejor librada fué la Francisca, que sólo resultó lesionada en un brazo.

Manuela González tuvo la triste suerte de que la bala le penetrase en el vientre, perforándole el intestino por siete sitios.

Benita García fué alcanzada por el proyectil, que le atravesó el vientre de uno á otro lado, con orificio de entrada y salida.

En camillas fueron llevadas al Hospital estas dos últimas mujeres.

Las desventuradas lanzaban lastimeros ayes.

Júzguese el efecto que produciría en el Hotel esta triple desgracia.

La infeliz Manuela era una bella y modesta joven.

Decimos era, porque después de sufrir en el Hospital una dolorosísima operación, en la cual resistió valientemente las siete suturaciones que hubo que darle en los intestinos, falleció á las nueve de la mañana del día 1.º

Benita García falleció ayer.

—

Al pasar fuerzas de la benemérita por la calle de San Andrés partieron diferentes tiros, dirigidos á los guardias detrás de la valla del solar núm 94.

Había allí ocultas diferentes personas, que además apostrofaron á los guardias civiles

Estos contestaron á la agresión disparando sus armas.

—

Al cargar varios guardias civiles contra las turbas en la calle del Orzán, á uno de los guardias se la cayó al suelo el sable.

Cuando intentaba apearse para recogerlo fué apedreado, como sus compañeros.

El sable fué recogido con indescriptible fruición por numerosas personas que á la vez se lanzaron sobre el arma.

En pocos instantes fué rota la hoja.

La empuñadura, según nos dicen, está depositada en un centro obrero.

—

En el primer piso de la casa núm. 66 de la calle de San Andrés se hallaba arrimada al antepecho, con las ventanas cerradas, doña Encarnación Alonso, acompañada de su esposo D. Eduardo Amado, industrial muy conocido en aquel barrio, donde hace muchos años tiene establecida una hojalatería.

Parece que la indicada señora se hallaba convenciendo á su marido de que no debía salir á la calle en aquellos momentos, dado lo vivo de la refriega en las inmediaciones y en la misma calle de San Andrés.

De repente se sintió herida.

Una bala Mauser penetró por la ventana rompiendo un cristal, y le penetró en el pecho por el lado izquierdo sobre el corazón, con orificio de salida posterior por el omoplato, el cual destrozó, así como parte del húmero.

Acudieron á curarla dos médicos.

Su estado era grave.

Otro de los muertos fué doña Josefa Corral, viuda de Gantes, propietaria y habitante en la casa núm. 9 de la calle de San Andrés, en cuyo tercer piso vivía.

En el momento que fué víctima del accidente se encontraba sola en casa.

Hallábase sentada en la galería de espaldas á la calle y ladeada hacia la derecha mirando á lo largo de la calle de San Andrés.

La bala de Mauser que la mató rompió un cristal, penetrándole en la cabeza por el frontal, cerca de la sien derecha.

Debió caer muerta instantáneamente.

Poco después entró en casa la criada Antonia Miramontes, que había salido á buscar arena, y al notar que su señora no estaba en las habitaciones interiores recorrió la casa llamándola, tropezando al fin con el cadáver en la galería, tendida en el suelo, de bruces, frente á la ventana de la sala.

Salió gritando por la escalera, y acudieron los vecinos D. José Sellier, fotógrafo, y su señora, y luego otras personas y un médico, el cual certificó que la infeliz señora estaba muerta.

Poco después llegaron sus hijos, desarrollándose la escena horrible que puede suponerse.

Tenía la desgraciada señora 42 años de edad, era viuda, y en su compañía vivían varios hijos suyos.

Después de la refriega

Jefes y oficiales de Estado Mayor recorrieron á última hora de la tarde las principales calles, con una escolta de Caballería.

—

En la calle Real se establecieron guardias y centinelas de Infantería, para disolver los grupos.

Mandaba esta fuerza el teniente del regimiento de Zamora, Sr. Argüelles.

Lo mismo se hizo en todas las principales vías.

Los médicos

En el Hospital civil trabajaron con incansable celo durante toda la tarde y noche de este día el director del establecimiento señor Varela Portal, los médicos Sres. Muiños y Gomar y los municipales Sres. Barbeito (don Manuel), Aznar y Barbeito (D. Federico), auxiliados por los practicantes Sres. Berguer, Buzón y Rey.

Fué grande y penosa la labor de todos, y se hace acreedora á los mayores elogios.

Los merecen también muy entusiastas los Sres. Estrada, Fraga, Paradela, Rouco, Núñez Pandero, Villardefrancos y Fariña, que, ya en las calles, ya concurriendo rápidamente á los domicilios en donde sabían que se hallaban personas heridas, rivalizaron en interés y abnegación, pues hubo momentos en que su vida estuvo seriamente amenazada.

La opinión aplaude unánimemente á tan distinguidos facultativos.

También merece plácemes el farmacéutico Sr. Villar.

Guardias heridos

De la refriega de las calles Rua Alta, Rua Nueva y San Andrés resultaron heridos levemente solo dos guardias civiles.

El número de contusos entre la misma fuerza fué grande. En su generalidad las contusiones son de pedradas.

De los guardias heridos uno de ellos apenas si puede llamarse tal herido.

Recibió un balazo de revólver en la espalda. El proyectil, que ya llegó frío, al chocar con su espalda le rompió solamente las ropas y le produjo en la piel una pequeña señal roja del tamaño de una lenteja, sin desgarre de tejidos, sangre ni equimosis.

Por cierto que se cuenta que el guardia sabe quién le hizo el disparo.

Al sentir tras sí la detonación se volvió rápidamente y vió que quien disparaba era un sujeto que tiene solicitado ingreso en la Guardia civil.

—¿Tú aquí?—parece que dijo dirigiéndose al agresor.—¿Querías hacerte tu mismo la vacante? Y revolviendo el caballo se echó encima, pero el otro desapareció entre las masas.

El otro guardia herido es un sargento que recibió una pedrada en una pierna. La contusión es leve.

La Caballería

La Caballería, después de cargar en las calles se desplegaba y recorría las aceras, todo á lo largo, marchando los soldados en dos hileras para evitar la formación de grupos.

Tuvieron los soldados que repartir algunos cintarazos.

—

Al oficial de Caballería Sr. Escaso, cuando avanzaba al frente de una sección del regimiento, se le encabritó el caballo que montaba y cayó al suelo, produciéndose una erosión en la frente.

—

A la Caballería, como en otro lugar decimos, apenas se le hizo frente, antes al contrario, en diferentes puntos se la vitoreó por la multitud.

Varios grupos de mujeres dieron gritos de ¡Viva la Caballería!

Sin embargo, en ocasión en que acababa la refriega que va referida, los ánimos de una parte del público se soliviantaron contra los soldados

Pasaba una camilla en que un moribundo era trasladado al Hospital, y dió la casualidad de que precisamente detrás desfilase una sección de Caballería.

La gente, juzgando que el desgraciado de la camilla era una víctima causada por los soldados de la sección, comenzó á apostrofarlos.

—¡Mueran! ¡Criminales! —gritaban infinidad de personas, en su mayoría mujeres.

El incidente terminó cuando la fuerza cambió de ruta.

Varias notas

La mayor parte de las camillas que se utilizaron en el traslado de muertos y heridos fueron facilitadas por el médico Sr. Farina, cuya conducta fué muy elogiada.

En el domicilio de este señor, en la calle de San Andrés, fueron además curadas diferentes personas.

—

Fué designado un espacio de terreno de algunos metros cuadrados en el tercer departamento del Cementerio general para dar sepultura á las víctimas de estos tristes sucesos

Las Sociedades obreras adquirirán la propiedad de este terreno y levantarán allí un sencillo mausoleo conmemorativo.

—

De los disparos de arma de fuego hechos contra la Guardia civil y que se atribuyen á los obreros, muchos tienen que ser descontados para ellos.

Es evidente que muchos de los pasajeros llegados el día anterior á La Coruña, procedentes de la Habana, en el vapor *Alfonso XIII*, hicieron disparos desde las fondas y posadas en que se hospedaban.

Para hacer tal no tenían el menor motivo y sólo pudo quedar impune tan bárbaro proceder por la confusión terrible que en aquellos momentos reinaba.

—

El teniente de Caballería Sr. Saavedra mandaba la sección que quedó de retén y vigilancia en la calle Real, después de proclamada la ley marcial.

—

La parte posterior del «Café de Méndez Núñez» sufrió bastantes desperfectos á consecuencia de la carga de la Guardia civil, de que en otro lugar hablamos.

Quedaron rotos bastantes cristales.

DIA 1.º

Prisiones

En la madrugada del día 1.º comenzaron á practicarse detenciones de complicados en los sucesos de los dos días anteriores.

Practicaron las detenciones parejas de Caballería y otras fuerzas. Después continuaron en la noche del 1 al 2, y durante el día 1.º también se hicieron algunas.

Se cuentan incidentes de todas clases en estas detenciones, desde el aspecto triste de las viviendas y desconsoladores gritos de las mujeres é hijos de algunos de los detenidos, cuyas familias creían que no les van á volver á ver, hasta el bufo más subido.

Alguno parece que trató de huir por los tejados cercanos á su casa, entregándose al fin, á las intimaciones de los soldados.

Otro se negaba á seguir á los que le detenían, pretextando que había pasado mala noche y que necesitaba descansar, aunque ofreciendo entregarse en cuanto hubiese descansado.

La autoridad militar pidió á la empresa de consumos relación de todos los consumeros huelguistas.

—

Parte de los detenidos fueron desde luego conducidos al castillo de San Antón y parte de ellos al Principal.

En el castillo de San Antón

En esta fortaleza hállanse presos Jesús Coria Fernández, Francisco López Iglesias, Juan Ramos Morsamor, Diego López Quiroga, Vicente Fernández Naya, Juan Cebrián García, Manuel Mosquera Moreno y Crisóstomo de la Iglesia.

En el Principal

Están presos Jesús Pazo Puente, de 18 años de edad, domiciliado en la Gaiteira, obrero; Juan Antonio Rodríguez, de 13 años de edad, domiciliado en el lugar de Montes (Monelos), obrero; José Minguez Rumbo, 35 años, domiciliado en las Jubias, carpintero, casado; Juan Bello Varela, Manuel Naveira Pardo y José Seoane Chicó.

También había sido detenido Jesús Bugueiro Pazo, pero éste fué puesto en libertad el mismo día 1.º

Jueces instructores

La autoridad militar nombró jueces instructores para los sucesos á los siguientes jefes y oficiales de la guarnición:

Comandante de Zamora D. Mariano Arahuetes y secretario teniente del mismo cuerpo D. José Pérez Argüelles; comandante de Caballería Sr. Zarandona; capitanes de Zamora D. Angel Puga Matos y D. Leopoldo Martínez Terrón, y de Zaragoza D. Enrique López Arce, y tenientes, de Artillería D. José Canalejo; de Caballería D. Félix Aspe, y de Infantería D. Robustiano Rodríguez.

Las Sociedades obreras en Capitanía

Convocados por el capitán general, señor Lachambre, concurrieron los presidentes de las Sociedades obreras á la Capitanía general.

Recibiólos afectuosamente el Sr. Lachambre, conferenciando con ellos largo rato.

Les hizo ver la necesidad de que volviesen los obreros á sus trabajos para que la normalidad no se interrumpiese ni un instante más.

También les aconsejó que se abstuviesen de iniciar ningún movimiento que tendiese á provocar desórdenes ni á perturbar en lo más mínimo la vida pública en esta capital.

Los presidentes de las Sociedades así lo prometieron.

Rogaron á la autoridad militar que pusiese en libertad á los obreros que han sido presos con motivo de los sucesos ocurridos el día 31

Contestó el Sr. Lachambre que no estaba en su arbitrio disponer esto tan pronto como los presidentes desean, pero en cambio ha ordenado se imprima la mayor actividad á las diligencias que se han incoado, á fin de depurar los hechos y poner á los detenidos lo más brevemente posible en condiciones de ser juzgados.

También rogaron al Sr. Lachambre les permitiese reunirse para adoptar acuerdos encaminados á que se restablezca la vida normal, y á ello accedió aquél desde luego.

En virtud de esto, poco después de terminada la entrevista con el capitán general celebraron una reunión los presidentes de las Sociedades obreras, y entre otros acuerdos que se adoptaron figura el de publicar una hoja que se ha repartido profusamente en esta capital.

Héla aquí:

«*A los trabajadores.—Salud.—Compañeros*: Movidos por un sentimiento unánime hemos hecho una huelga general. Todos cumplimos como buenos. Debemos estar satisfechos.

Promulgada la ley marcial, las circunstancias han cambiado y es indispensable no haya más derramamiento de sangre, no ejerciendo, para evitarlo, coacciones de ningún género ni resistencia alguna al libre desenvolvimiento de la vida de la población.

Como quiera que á toda costa queremos no se derrame ni una gota más de sangre, y así mismo anhelamos la libertad de los compañeros presos, las Juntas directivas acordaron, y esperan que todos los socios lo cumplan, volver al trabajo desde el próximo lunes todos los obreros que trabajaban el jueves.

Encarecemos se nos atienda, y lo pedimos en nombre de la existencia de nuestras Sociedades —Las Juntas directivas de las Sociedades obreras.—La Coruña, 2 de Junio de 1901.»

Acuerdos de los obreros

Se reunieron las Juntas directivas de las Sociedades obreras, después de la entrevista celebrada por sus presidentes con el capitán general.

Había el pensamiento de publicar una hoja suelta en la cual se reseñasen ámpliamente los sucesos, pero se desistió de hacerlo (al menos ahora), por no excitar más los ánimos y por temor además á la censura militar.

Se acordó sólo, de acuerdo con lo convenido con el señor general Lachambre, publicar la hoja que antecede.

Aunque los demás acuerdos fueron de carácter privado, parece que se trató de enviar una Comisión de obreros á Madrid, con objeto de ponerse de acuerdo con las Sociedades de trabajadores de la corte y tratar de la celebración allí de un gran *meeting* para que los sucesos ocurridos en La Coruña sean conocidos y tengan mayor resonancia en toda España.

Parece que se acordó pedir la sustitución del gobernador civil, á quien condena la clase obrera, juzgando que á él es imputable que los sucesos hubiesen adquirido tan grandes proporciones.

También parece que se esperará á que se restablezca en La Coruña la normalidad para verificar aquí un *meeting* «mónstruo», en que se hablará por extenso de los sucesos de estos días.

Tal vez entonces se organizase una manifestación que se dirigiría al Cementerio para depositar coronas sobre la tumba de las víctimas.

Continúan en pie como antes del día 30, las huelgas parciales de obreros asociados á sociedades diversas.

Asistieron á la reunión como delegados del gobernador dos inspectores de Policía.

El problema de las subsistencias

Ante la lechería establecida en la Plaza de María Pita, en los cafés, en los kioscos del Relleno y en otros puntos, se agolpaba desde por la mañana concurrencia grande, ansiosa de adquirir leche, toda vez que las vendedoras de este artículo no vinieron á la población

Hemos visto llorar á más de una pobre madre porque no sabía dónde adquirir leche para su hijo pequeño, alimentado sólo con biberón

Lo propio ocurría ante las tahones en donde se expendía pan.

Entre otras que no recordamos se vendía en los hornos y expendedurías de los señores Lourido, viuda de Macho, López, Cacheiro, viuda de Lorenzo y Fariña.

También se expendió en la Cooperativa Militar y Civil y en la Factoría Militar.

El pan casi todo fué elaborado por panaderos militares.

Las hornadas eran esperadas por el público con verdadera ansiedad.

A las puertas de las expendedurías hubo que sostener luchas y pugilatos terribles para lograr obtener una sola hogaza.

Fué menester que algunos agentes de la autoridad custodiasen las diferentes tahonas.

En algunos puntos el gentío amenazaba, ó poco menos, con tomarlas por asalto.

De las fondas y de muchas casas particulares se mandó venir pan de Betanzos y Lugo.

En las casas de infinidad de acomodadas familias no hubo pan desde el primer día.

En otras se contentaron con comerlo duro y malo

Para obtener pan en algunas expendedurías era preciso llevar tarjeta.

Con la carne ocurrió algo semejante en las primeras horas de la mañana, pero el conflicto cesó una vez hecho en el Matadero el degüello de reses

El sábado se degollaron (por los matarifes del mismo establecimiento) 31 terneras á las siete de la mañana y 32 á las once.

También fueron degollados dos bueyes y dos cerdos.

El degüello el domingo fué poco más ó menos el de ordinario.

La Plaza de Abastos estuvo desde el viernes vacía casi por completo.

El sábado era total la ausencia de vendedoras de aves, legumbres y otros artículos que traen á diario para la venta gentes de fuera de la población.

Fué ya fácil coger agua en las fuentes, porque habían cesado las coacciones.

—

Hubo este día para el servicio público, aparte de algunas tahonas, dos expendedurías y hornos militares, á cargo uno, establecido en Riazor, del oficial de Administración Militar D. Julio González, y otro en la calle del Arco, frente á la fuente de San Andrés, del también oficial del citado cuerpo D. Enrique Yáñez.

Hicieron repetidas hornadas. El pan esperado con ansia era luego arrebatado por el público.

Se vendía el kilo á 40 céntimos, según costumbre. Sin embargo, sabemos que en varias tahonas particulares se elevaron escandalosamente los precios.

El Ayuntamiento compró, para que no faltase pan, gran número de sacas de harina al almacenista Sr. Fariña.

Se las entregó á la Administración Militar.

Los soldados y obreros de este cuerpo fueron los encargados de elaborarlo.

El producto de la venta fué entregado al Ayuntamiento.

El intendente Sr. Pascual había indicado al capitán general que si lo juzgaba necesario se podría hacer venir de Madrid á La Coruña á una compañía de obreros de Administración.

No juzgó necesario el Sr. Lachambre apelar á este medio.

—

Un panadero se limitó á cocer pan para su familia.

Circuló pronto la noticia entre sus clientes y amigos y su casa se vió poco menos que asaltada por cuantos acudían á pedir por lo menos algunas raciones.

La hornada hecha era pequeña, y á fuerza de hacer repartos, el panadero, casi en resumidas cuentas, se quedó sin pan.

—

De Ferrol vino ayer á La Coruña bastante cantidad de pan, pedido por conocidas familias.

En algunas tahonas particulares, entre ellas la del Sr. Lourido, fué menester que se estableciesen guardias para que los huelguistas no interrumpiesen la labor de los operarios que trabajaron durante el paro.

—

El pan vendido el día 1.º en las tahonas militares de las calles del Arco y de Riazor ascendió á 212 y 182'40 pesetas, respectivamente.

Los concejales Sres. Diz y Casares se encargaron de inspeccionar este servicio.

—

Un detalle que denota el «hambre» de pan que existía.

Un panadero á quien había sobrado regular cantidad de pan elaborado para ser bendecido, según tradicional costumbre, en la festividad de San Pedro Mártir, que se celebró el mes pasado, lo despachó el día 1.º, duro y seco como estaba, igual que si fuese pan bendito... aun sin estarlo.

Datos del Gobierno civil

Se necesitaban en la Capitanía general datos respecto de las Sociedades obreras, nombres y, en fin, otros pormenores de que naturalmente tienen que carecer las oficinas militares.

A este fin el capitán general solicitó el auxilio del gobernador civil.

Este fué á la Capitanía y después de celebrar una entrevista con el Sr. Lachambre dispuso que por las dependencias de su mando se facilitasen á la autoridad militar los datos que se pedían.

También dispuso que á las órdenes de éste se pusiesen dos delegados para asistir á la reunión de las Sociedades obreras.

Fueron designados para dicho cargo dos inspectores de Vigilancia.

Ya hemos dicho lo que se acordó en la reunión.

El marqués de Arellano

En el destroyer *Audaz* llegó por la mañana á La Coruña, procedente de Ferrol, el comandante general de Arsenales, señor marqués de Arellano.

Vino á enterarse personalmente de los sucesos.

En la tarde del mismo día regresó á Ferrol la citada autoridad, después de haber conferenciado con las superiores en esta plaza residentes.

Un montón de infundios

Durante toda la tarde circularon las más extrañas y absurdas noticias.

Díjose ya por la mañana que después de las tres habrían de ocurrir graves sucesos en las afueras. Se aseguraba que los obreros, y en particular los consumeros huelguistas, tratarían de atraer á la Guardia civil hacia el recinto exterior de la ciudad y presentarle allí batalla campal entre los accidentes del terreno y las casas de las afueras.

No faltó quien hablase de que el encuentro había de ser provocado lejos de la capital, y hasta se aseguraba que al efecto habían ya salido de La Coruña grupos armados hasta los dientes.

Sobre las dos de la tarde se dijo que se habían cambiado tiros entre los obreros y las fuerzas de Caballería de servicio en la estación del ferrocarril.

Poco después se daba por muerto en la refriega el oficial que mandaba aquélla.

A las cinco se hacía ascender á 11 el número de heridos—y no faltó quien dijese ya que eran muertos—aunque otros más modestamente señalaban la cifra de los fallecidos en dos.

No faltó tampoco hasta quien había visto el encuentro ó las víctimas, ó por lo menos había oído los tiros.

La expectación en La Coruña era grande. Por todas partes se preguntaba con afán por lo ocurrido.

Casi todos los comercios se cerraron.

Los grupos de curiosos engrosaban en las calles principales, en cambio los grupos de obreros eran en menor número.

Alguien, no se sabe quién ni desde dónde, telefoneó á La Coruña diciendo que hacían falta en el Camino de la Estación camillas y auxilios médicos.

Circuló rápidamente la noticia, asegurándose que desde el fielato de la calle de Caballeros reclamaban auxilios. Esto era inexacto, según más tarde pudimos comprobar, pues no sólo eran innecesarios allí los socorros sino que el teléfono de aquel punto no funcionaba, suponiéndose allí que había sido cortado el hilo telefónico.

Del Hospital telefonearon á casa del médico Sr. Fariña, preguntando si disponía de camillas. Contestó éste que estaba á disposición de lo que se le ordenase, é inmediatamente se puso en marcha para Santa Lucía. Cuando llegó allí encontróse con que nada anormal ocurría.

El paso de las camillas hacia las afueras dió caracteres de verosimilitud á la alarma, y nadie dudó de que ocurría algo gordo.

Daba además cierto viso de verdad á lo ocurrido la circunstancia de haberse dicho que en Monelos celebraban una reunión los presidentes de las Sociedades obreras.

Tampoco esto se confirmó, pues la reunión se celebró en otro sitio.

Entre las personas que acudieron á la estación á informarse de lo ocurrido, recordamos al general Albert.

En los Cantones.—La llegada del correo

Las inmediaciones del obelisco estaban concurridísimas antes de la llegada de los trenes.

Los grupos eran formados en su mayoría por curiosos, que hacían comentarios respecto de los sucesos ocurridos y cálculos sobre otros que se suponían probables.

Se esperaba con verdadera ansia el resultado de la reunión, que, según se dijo, iban á celebrar las Sociedades obreras.

En la Rua Nueva y proximidades del Centro obrero había también mucha gente.

No pocos curiosos se dedicaban á examinar las casas que encerraban las huellas de los balazos.

Ante éstas se hacían consideraciones y se discutía vivamente.

También se esperaba con impaciencia la llegada del tren correo.

En la estación, donde se habían situado fuerzas de Caballería, había poca animación.

El coche-correo llegó escoltado hasta la Administración.

Cuando los vendedores de periódicos se presentaron en la entrada de la calle Real el público los arrebataba de sus manos.

En un periquete se vendieron muchos *veinticincos* de diarios madrileños.

Había en el público un deseo intensamente sentido de leer y de saber en qué forma apreciaba los sucesos la prensa de la corte, ya que por haberse dejado de publicar los diarios locales se desconocían detalles

Continuó la animación en aquellas avenidas hasta las primeras horas de la noche.

El entierro de una víctima

El entierro de la señora viuda de Gantes, desgraciada víctima de estos sucesos, se verificó á la una y media de la tarde del sábado.

Presidían el duelo, que era relativamente numeroso, los Sres. Esparis (D. Heriberto, D. Santos y D. Ramón), Varela (D. Segundo), Val (D. José), Sánchez, Lago, Pucci, Sellier, Avrillón, Amenedo y Asensio.

Los cordones llevábanlos los Sres. Viera, Ruiz (D. Ciriaco), Platas y Richart.

Presenció el entierro, enterándose de todas las formalidades del mismo, el teniente de Zamora Sr. Puga Matos, como juez instructor militar.

Detrás de la fúnebre comitiva iba una sección de Infantería, compuesta por ocho soldados mandados por un cabo

Descanse en paz la infortunada señora.

Autopsias

A las seis y media de la tarde se verificó en el depósito del Cementerio la autopsia de Francisco García Lodeiro y de Jacobo García.

Estuvieron encomendadas estas operaciones al médico Sr. Jack.

A la sirvienta del «Hotel de Francia», Manuela González, no se le practicó la autopsia, accediendo á peticiones de su familia.

A las puertas del Hospital

Se agolpaba allí un número crecidísimo de personas, entre las cuales había muchos deudos y amigos de los muertos y heridos

Pugnaban todos por franquear la entrada, y fué necesario despejar ésta, situando una guardia de Infantería.

También soldados de Caballería cuidaron de mantener allí el orden.

Identificación de cadáveres

Como en un principio no fueron identificados los desgraciados Jacobo García y Francisco García Lodeiro, se publicó por la autoridad militar un edicto que fué fijado en las esquinas, invitando al vecindario á que viese los cadáveres, para lograr reconocerlos.

Un cabo y dos soldados, á tambor batiente, fijaron el edicto en varias esquinas.

Coacciones y detenidos

En las inmediaciones de la *Calexa*, antes del fielato de los Cuatro Caminos, se situaron varios individuos con el propósito de impedir que entrasen en la población las lecheras, vendedoras de legumbres, etc., que vienen por aquel sitio procedentes del distrito de Oza.

La Guardia civil les hizo ver que incurrían en el delito de coacción si llevaban á cabo su propósito y les instó á que se retirasen.

No hicieron gran caso, y entonces los guardias, sorprendiéndoles cuando amenazaban á las vendedoras obligándolas á retroceder, los detuvieron y condujeron á esta capital.

Los detenidos son Jesús Pazos Fuentes, de 18 años, domiciliado en la Gaiteira; Juan Antonio Rodríguez Doldán, de 13 años, vive en Montes; José Míguez Rumbo, de 35 años, vecino de Jubia, carpintero; Juan Bello Varela, de 22 años, vecino de Santa Lucía.

Una carga

Hubo mucha concurrencia de gentes de varios puntos al Camino de la Estación con motivo del *canard* del muerto y los 11 heridos.

Cuando el amontonamiento de curiosos era mayor detrás de las camillas que llevaba el Sr. Fariña, la Guardia civil, que al mando del sargento Corvacho estaba situada en los Cuatro Caminos, les intimó á que se retirasen.

No tenían trazas de hacerlo y entonces otra sección de la Guardia civil de á caballo cargó, dispersando á los curiosos.

Las comunicaciones

Los servicios de automóviles y Ferrocarrilana á Santiago se hicieron al fin con toda regularidad.

Los coches-correos fueron escoltados por 25 soldados de Caballería, al mando de un oficial, hasta el inmediato pueblo de Rutis.

También se dió escolta á los demás coches-correos que salen de esta central.

De noche

Por la noche se tocó llamada á las diez y media á las tropas de servicio en las calles.

Regresaron en su mayoría á los cuarteles.

Quedó para recorrer la población y cuidar del orden hasta el día, una sección de 40 hombres de Infantería de Zamora, mandados por el teniente Sr. Mariño.

DIA 2.

Sigue lo de las subsistencias

Ayer había grandes temores de que escasease el pan.

El día anterior se había hecho relación de los jefes y oficiales que necesitasen pan, y claro está que muchas familias del orden civil fueron servidas de pan por sus relaciones con los militares.

Para éstos elaboró la Factoría Militar 900 kilogramos de pan.